

ANGEL RAMA EN MARYLAND

Saúl Sosnowski

El 28 de noviembre fue un día de corre-
dores silenciosos y de ojos intranquilos
azorados por la tristeza. Las noticias del
accidente aéreo de Madrid no alcanzaban a ser
aceptadas; la ausencia que seguía desafiando la
pequeñez burocrática se negaba a ser final. Es-
tudiantes y profesores buscábamos cómo decir-
nos algo sin tener que hablar; nos preguntába-
mos cómo afrontaríamos la magnitud de la
muerte de Angel Rama y Marta Traba. Ibamos
llegando, rechazando y finalmente cayendo en lo
inevitablemente cierto: ya no los veríamos más.

El arribo de Angel Rama y Marta Traba a
College Park marcó una nueva era para todos
nosotros. La cálida amistad, el alcance de la
intelectualidad ansiosa por cubrir nuevos terri-
torios y la vivacidad de sus clases y presentacio-
nes públicas, certificaban que la fama que les
había precedido (y que conocíamos a través de
sus múltiples libros y artículos) venía acompa-
ñada por un cariño especial hacia aquellos que
compartían inquietudes por todo lo latinoame-
ricano y por una amplia patria cultural que
desbordaba geografías. Sus energías eran conta-
giosas y contribuían a reafirmar la certeza de
que aun restaba mucho por cubrir en los que
ya eran proyectos conjuntos.

Angel Rama llegó a la Universidad de Mary-
land como profesor visitante en 1979; en 1981
fue nombrado profesor titular de Literatura
Latinoamericana. A partir de ese momento,
ejerció una presencia capital en el Departame-
nto de Español y Portugués, en todas las
áreas universitarias conectadas con Estudios
Latinoamericanos y en el mundo académico
estadounidense. Lo hizo infatigablemente a
pesar de las tensiones que generara la incapaci-
dad maligna de los agentes de inmigración que
lo obligaron a desviarse de sus investigaciones

literarias para responder a la generosa indigna-
ción de los que compartimos la fe en las verda-
deras instituciones democráticas y a pasar revis-
ta para descartar la carroña impresa de los
indignos.

La Universidad lo había contratado bajo los
rubros asignados a profesores distinguidos. Y
Angel Rama ofreció la distinción de su produc-
ción intelectual y de su magnífica amplitud
didáctica. Fue este derecho a ejercer sus fun-
ciones académicas lo que la Universidad, a
través de sus más altos funcionarios y con el
apoyo unánime de colegas y estudiantes, salió
a defender. Se exigía que los cargos en su contra
se hicieran públicos para otorgarle su derecho a
réplica (que él ejerciera en su ya famoso "Catch
28"). Se deseaba sobre todo que pudiera aten-
der sus obligaciones como profesor de literatura
latinoamericana y que instruyera sobre ese com-
plejo mundo (incomprensible o inaceptable
para tantos aquí) que se llama América Latina.





La consternación ante su muerte da una pauta del impacto que logró en tan poco tiempo en la zona de Washington. Dentro del marco académico estadounidense resulta particularmente significativo que para cerrar su tributo a Rama, el rector de la Universidad, Dr. John S. Toll, recordara la cita de *Romeo y Julieta* que Robert Kennedy eligiera como homenaje a la memoria de su hermano, John F. Kennedy. Dedicándole estas aptas palabras, el Dr. Toll leyó:

When he shall die
Take him and cut him out in little stars,
And he will make the face of heaven so fine
That all the world will be in love with night,
And pay no worship to the garish sun.

(*Romeo y Julieta*, III,ii,21)

La presencia de Rama en la Universidad, en el Wilson Center, en la Sala Hispánica de la Biblioteca del Congreso —su otro hogar— atraía a los que frecuentamos las letras latinoamericanas. Desde ellas, se tendía hacia toda la producción intelectual del continente, hacia Europa y los Estados Unidos. Frente a la rigurosa y frecuentemente limitada especialización de las carreras académicas, él aportaba otra visión. Sus intereses personales y profesionales recorrían la América colonial, Darío, Vallejo, Onetti. . .; se afianzaban en la modernización de las ciudades del Plata y analizaban los problemas de transculturación en otras zonas culturales americanas. No había región alguna de América Latina que no respondiera a sus lecturas. Los libros, artículos, prólogos, monumentales proyectos de edición —notablemente la fuerza que impulsara la Biblioteca Ayacucho— constituían un mosaico en perpetua formación.

Nada podía estar sujeto a una clausura final. El descubrimiento de lo desconocido transparentaba las capas que relucían bajo la forma de nuevas páginas; una pequeña variante de enfoque que arrojaba nuevas visiones sobre un *corpus* literario que distaba de todo agotamiento.

Con la muerte de Angel Rama muchos de sus proyectos se han transformado en desafíos para sus colegas y estudiantes. El panorama que estaba cubriendo, la democratización de la sociedad y la literatura en el modernismo, está sólo parcialmente acabado. Lo logrado, y aun lo interrumpido, sirven de algún modo como metáfora. El modernismo no era un tema nuevo para Rama. Su libro sobre Rubén Darío —lectura obligatoria como tantas otras de sus páginas— ya había subrayado dentro de la “circunstancia socio-económica de un arte americano” la necesidad de equilibrar los análisis estéticos con las condiciones de producción de toda manifestación cultural sin que ninguna de estas lecturas se tomara en mecanismo que, bajo las pretensiones del rigor, impusiera la arbitrariedad oscurantista de todo reduccionismo. Que ese enfoque se centrara en un poeta que logró la transformación del lenguaje poético del mundo hispánico también subrayaba su propio cruce de fronteras culturales y geográficas. Sus textos son trayectos animados por la inteligencia fértil que rechaza dogmatismos doctrinarios y que opta por privilegiar la duda y el cuestionamiento a fondo de toda apuesta al conocimiento.

“Bibliografiar” al estudiantado era uno de los ejercicios que practicaba para asegurarse que esas dudas estuvieran asentadas en estudios previos y no en la ignorancia de la frágil dedicación a los títulos diplomados. Rama impartió clases de literatura pero fundamentalmente mostró el camino de la investigación y de la imperiosa necesidad de develar lo ignoto, lo encubierto por prejuiciadas versiones parciales o lo desplazado por falsos criterios de evaluación “gustativa”. Comprendió y demostró reiteradamente que el conocimiento de la literatura y el reconocimiento de toda manifestación cultural también debía pasar por un diálogo comprometido con la razón y con el espíritu de las leyes de la historia. También supo, más que tantos otros, que el ejercicio de la libertad académica y la independencia intelectual no estaban unidos a proyectos utópicos sino a la materialidad concreta del diario quehacer, sometido siempre a las ideologizaciones de rigor.

Sin estridencias, pero con la amargura que produce la hipocresía y el cinismo del discurso democrático que vela la verdad de la sinrazón y la violencia, tuvo una larga trayectoria de oposición a los que han violado los principios auténticamente democráticos y el orden de las instituciones libres. La inocencia política no cupo entre sus características, pero quizá nada haya producido mayor estupor en él que los infundados cargos que el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos adujera contra él para vedarle la residencia en este país. En "Requiem por una víctima", Anthony Lewis dijo en el *New York Times*: "En su muerte como en su vida, el profesor Rama constituye un símbolo increpador para aquellos que asignan importancia a los niveles de libertad y civilización en Estados Unidos. Rama murió como una víctima de incivilizadas leyes de inmigración y de burócratas incivilizados." Lewis agrega luego que "si la muerte de Angel Rama puede tener algún sentido, debe ser el de impulsar la derogación de nuestras insensatas barreras ideológicas para visitantes e inmigrantes que desde otro punto de vista serían bienvenidos".

El anhelo de los mejores elementos democráticos de Estados Unidos por instaurar ideales democráticos en un espacio del código legal que los puede desconocer, constituye un homenaje apropiado al enfrentamiento de un exiliado uruguayo que muere en la tierra de sus padres luego de haber sido forzado a abandonar un territorio que aun tenía mucho que aprender de él. En el caso de Rama también debemos recor-

dar sueños más próximos e inmediatos que compartió con nosotros y que sostuvo a lo largo de su carrera: el deseo de extender las fronteras del conocimiento de las letras y de todo lo que es América Latina; la ambición de ampliar zonas de estudio, de producir nuevas perspectivas de investigación literaria para una mejor apreciación interna de los textos y para fomentar la mutua comprensión de los pueblos que tanto respetó y cuyos logros estudió y admiró. Los que compartimos personalmente unos años de su brillante carrera y que nos beneficiamos de sus conocimientos, su generosa amistad y su alegría, sentimos una obligación especial hacia esos ideales compartidos. El Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland ha establecido un fondo de becas con el nombre de Angel Rama; en breve publicará una bibliografía selecta de sus numerosos aportes críticos; ya hemos tomado las primeras medidas para establecer una cátedra dedicada a la cultura latinoamericana que tendrá el nombre de "Angel Rama and Marta Traba Chair of Latin American Culture". Se están formulando otros homenajes. Todos ellos constituyen una clara manifestación de lo que la presencia de Angel Rama ha significado para nosotros y las repercusiones de su ausencia. Sin embargo, es en la continuidad de su legado intelectual donde se llevará a cabo un homenaje digno de su memoria.

Hay memorias que no nos son entregadas; hay que merecerlas. La memoria de Angel Rama es una de ellas.

22 de diciembre de 1983

